10.- EL EJERCITO CONSTITUCIONALISTA DEL NOROESTE.

Al recibir a Carranza en el fuerte el 14 de septiembre de 1913, Obregón se apresuró a darle su versión sobre la rebatiña burocrática que sacudía a Sonora. Carranza estaba enterado de algunos detalles pero no de todos; lo que no ignoraba era que iba a resultarle muy provechoso servir de árbitro en la rebatiña, pues el hecho de que sus decisiones fuesen acatadas en un estado ajeno al suyo se significaba un claro afianzamiento de su autoridad como primer jefe y esta autoridad la permitiría entrar en posesión de los impuestos federales que venían cobrando los sonorenses.

Por nombramiento del congreso local el diputado Ignacio L. Pesqueira actuaba como gobernador interino; desde un principio éste se había rodeado de una camarilla que se había apoderado del botín burocrático revolucionario y no quiso soltarlo. Cuando Maytorena al terminar los seis meses de licencia que le concedieron volvió a Sonora y le reclamó que se le devolviese la gubernatura, además de la letra de la Constitución, Maytorena apoyaba su reclamación en el hecho de que varios jefes militares no lograron medrar con Pesqueira y le manifestaron su lealtad; además Maytorena contaba con el apoyo de los temibles indios Yaquis de quienes su familia había sido amiga tradicional.

Carranza falló a favor de Maytorena y Pesqueira tuvo que retirarse a intrigar por su cuenta; paralelamente Carranza aplicó la fórmula de divide y vencerás, nombrando colaboradores de la primera jefatura a varios amigos de Pesqueira en tanto que los de Maytorena quedaban marginados. Por su parte Obregón rompió con ambos caudillos sonorenses para declarse carrancista puro, esto le valió el grado de general y el cargo de comandante del ejército noroeste.

Después de pasar un corto tiempo en Hermosillo, Carranza trasladó la sede de su gobierno a Nogales. Carranza esperaba el momento de levantar la cosecha defintiva, pues los revolucionarios marchaban de triunfo en triunfo; en esos días llegó a Nogales el joven escritor Martín Luis Guzmán, quien describió en varios párrafos la vida que llevaba el primer jefe. El joven escritor cuidadba de no acercarse demasiado a Carranza pues nada inquietaba tanto a los más inmediatos servidores del primer jefe como la presencia de revolucionarios nuevos desprovistos de funciones propias; les sobrecogía el terror de verse arrancados como por escamoteo por los puestos que desempeñaban, para ellos importantísimos y prometedores.

Durante las comidas Carranza imponía sus opiniones, inclusive

absurdos tópicos de hombre ignorantón que era, opinaba sobre cuestiones militares o jurídicas, sobre las que apenas tenía nociones muy vagas y nadie se atrevía a contradecirlo.

"Don Venustiano saboreaba a pequeños tragos el placer del mandar hasta nuestras ideas, acaso se recreaba en nuestro servilismo, en nuestra cobardía" escribió Guzmán y se preguntó si todo aquello no sería Porfirismo.

En efecto lo era y del corriente, el reyista.

Un prestigiado ex-Reyista Luis Cabrera, obtuvo el título de cerebro de la revolución por la influencia que ejercía sobre Carranza en los meses anteriores a la caída de Porfirio Díaz. Cabrera había mencionado a Don Venustiano como Vicepresidenciable en un gobierno de transición y gracias a esto jamás se le reprochó que después de producir el asesinato de Madero y Pino Suárez, Cabrera hubiera hecho publicar en El Imparcial un llamamiento a aceptar los hechos consumados sin tratar de enmendarlos, tomando la situación actual como punto de partida para sus futuros trabajos dentro de las vías constitucionales. En cambio los maderistas puros, los que no procedían de las filas del reyismo, como los hermanos Roca y Federico González Garza, eran humillados y tratados con desdén; cuando se presentaban en Sonora a ofrecer sus servicios Carranza no ocultaba su odio hacia el presidente mártir al rechazar una iniciativa para que se declarara luto nacional en el aniversario de Madero y Pino Suárez, Carranza contestó: "no seré yo quien contribuya a glorificar a quienes no lo merecen".

Especialmente notable fue el caso del ex-federal Felipe Angeles, quien a causa de su lealtad a Madero fue aprehendido por los huertistas y deportado a Europa; en cuanto tuvo oportunidad Angeles viajó a Sonora para ponerse a las órdenes de Carranza; inicialmente se le dió el cargo de Secretario de Guerra pero las intrigas de Obregón lo obligaron a renunciar. En seguida Angeles solicitó y obtuvo autorización para trasladarse a Chihuahua a combatir bajo las órdenes de Francisco Villa, el revolucionario que más estaba destacando en ese momento. Raúl Madero hermano del presidente asesinado y muchos maderistas puros también buscaron refugio en territorio chihuahuense. Así empezó a gestarse la pugna entre las facciones villistas, maderistas y carrancistas reyistas, que una vez vencido Huerta iba a ensangrentar el país en grado jamás visto.

La revolución atrajo gran número de periodistas extranjeros al norte de México.

Venustiano Carranza con su séquito de politicastro intrigantes y suntuosos inspiraron una repugnancia intuitiva a los periodistas y este sentimiento nunca dejó de transparentarse en los artículos que escribían. En cambio Francisco Villa los fascinó con su primitivsmo, valentía y astucia; los reporteros se solayaban escribiendo cómo el guerrillero se colocaba al frente de las espectaculares cargas de caballería, que era el sello personal de sus hazañas bélicas, como se acercaba en el campamento a los soldados y tomaba una tortilla de la canasta para aderezarla con una cucharada de frijoles de la olla común (temía ser envenenado con alimentos y el recurso le servía de protección) y en fin, el era la encarnación del machismo 100°/o mexicano.

Consecuentemente a principios de 1914 Villa se había convertido ya en una figura de fama mundial en tanto que el primer jefe era un don nadie para la mayor parte del público extranjero, cuando Villa cruzaba la frontera los altos militares y las autoridades texanas se desvivían por atenderlo y hacerse retratar en su compañía. Washington consideraba tan importante al guerrillero que mandó un agente diplomático exclusivamente dedicado a negociar con él.

Por aclamación de todos los jefes chihuahuenses, Francisco Villa había sido nombrado comandante del ejército revolucionario en su Estado, mientras en Sonora los revolucionarios consagraban su tiempo a las intrigas burocráticas. Villa había dado brillantes batallas para expulsar a los federales de Cd. Juárez, Chihuahua y Ojinaga y a principio de 1914 la totalidad del Estado se encontraba ya en poder de las fuerzas villistas.

Carranza consideró necesario hacerse cargo personalmente de la situación; en marzo tomó el tren de Nogales-Agua Prieta y ahí con una guardia de honor integrada por 100 sonorenses montó a caballo para cruzar la Sierra Madre por el famoso Cañón del Púlpito y llegar por fin a Cd. Juárez, antes de hacer su entrada triunfal se bañó, se recortó la barba y se puso un uniforme bien planchado y botas recién lustradas, pero al llegar al centro de la ciudad se encontró con que nadie lo esperaba ni nadie lo aclamaba al paso de su comitiva; más aún la gente del pueblo los veía con indiferencia absoluta.

Para entonces Villa estaba cruzando el desierto rumbo a Torreón con el ejército más poderoso que se había visto en México. Con el asesoramiento de Angeles las bandas de guerrilleros fueron disciplinadas y aprendieron a utilizar un magnífico armamento que incluía cañones y ametralladoras; Villa portaba uniforme y había dotado a sus hombres de sombreros y zapatones adquiridos en Texas.

Se disponía de un excelente servicio médico. A Villa le sobraba el dinero ya que además de poseer su propia fábrica de billetes tomó a su cargo el cobro de impuestos, obtenía préstamos forzosos de los ricos y controlaba la venta en el paso de ganado y objetos robados y confiscados.

A fines del año anterior Villa había tomado y perdido Torreón. Huerta envió sus mejores hombres y elementos a esa plaza que en la estrategia del gobierno venía a ser una especie de dique para contener el avance al sur, de los norteños. El ataque Villista se inició el día que celebraba el primer aniversario de la promulgación del Plan de Guadalupe. La plaza cayó en poder de los villistas después de una batalla muy sangrienta. Villa informó a Carranza por telégrafo acerca del triunfo obtenido y le pidió ordenar a los revolucionarios de Coahuila que cortasen la retirada de los federales expulsados de Torreón, los cuales se replegaron a Saltillo "Yo no le ordené que atacara Torreón y así que no veo porqué debo felicitarlo", dijo Carranza a uno de los licenciadillos que lo rodeaban y que le pidió enviar el telegrama de felicitación rutinario y por supuesto el primer jefe se abstuvo de girar a los coahuilenses las órdenes que Villa le solicitaba. En eso se produjo la invasión Yanqui a Veracruz; Carranza protestó ante Washington por la violación de territorio y la intromisión en los asuntos internos de México. Villa se puso feliz por la ventaja momentánea que representaba para los revolucionarios la invasión y aprobó la medida ante el agente diplomático norteamericano que lo acompañaba; reiteró su amistad hacia los norteamericanos y dijo: "Por mi parte no vamos a pelear por un borracho: Huerta".

Carranza desautorizó a Villa y dijo a un periodista: "Villa carece de autoridad para opinar; yo soy su jefe, "él es mi subordinado y me tiene que obedecer como el último de los soldados razos", Villa se tragó la reprimenda; aparte de la cuestión internacional había disputado con Carranza por el nombramiento del gobernador civil de Chihuahua a quien Villa consideraba su enemigo. En un esfuerzo por suavizar la tirantez Villa invitó a Carranza a visitar Torreón; el primer jefe fue recibido con fiestas y desfiles; inclusive Villa prometió enmendarse cuando Carranza le recomendó moderación en el trato a las poblaciones conquistada, ya que los villistas habían cometido inumerables actos de crueldad y salvajismo contra los torreonenses. Mansamente Villa reiteró su buena disposición para desempeñar el papel de soldado y solicitó permiso de proseguir hacia el sur y atacar la plaza fuerte de Zacatecas; además de negar el permiso, Carranza ordenó a Villa que se trasladara a Saltillo para auxiliar al comandante de la división de Noreste general Pablo González que se encontraba en aprietos.

Al general González le apodaban "Pablo Carreras" por su ineptitud como militar. Contaba con 34 años en 1913, era un hombre con tendencia a la obesidad que usaba anteojos de notario con bigotes de cepillo que hacían las delicias de los caricaturistas. Nativo de Lampazos, N. L., desde los 3 años quedó huérfano de padre y madre y estuvo al cuidado de una tía que pasaba estrecheceses económicas. Después de cursar el cuarto de primaria solicitó una beca para ingresar al colegio militar; como se la negaron él se convenció de que lo habían menospreciado para favorecer al hijo de algún influyente y desde entonces adquirió fuerte resentimiento social; luego trabajó de aprendiz de mecánico en un molino, de obrero en Chihuahua y de superación así que por las noches estudiaba inglés, matemáticas y telegrafía en Morse. En Estados Unidos oyó las prédicas anarquistas de los hermanos Flores Magón y empezó a volverse revolucionario. En enero de 1911 respondiendo al llamado de Madero, tomó Cuatro Ciénegas, el pueblo de Carranza; al tiempo de la revolución ingresó a las milicias estatales de Coahuila y llegó a comandante de la división del noreste por haber muerto Jesús Carranza, que había sido eliminado por intrigas políticas de un hábil general; Lucio Blanco. González estaba a punto de sufrir otra ignominiosa derrota en Saltillo cuando llegó Villa y en menos que canta un gallo como acostumbraba decir eliminó a los federales. La hazaña ensombreció a Villa; había enseñado al primer jefe y a sus politiquillos perfumados y chocolateros que ni siguiera de la capital de su propio estado de Coahuila habían sido capaces de apoderarse sin la ayuda de él. Ahora marcharía sobre Zacatecas con la autorización de Venustiano Carranza o sin ella.

Sólo que antes de que Villa estuviera en condiciones de ponerse en marcha, el primer jefe había ordenado a los revolucionarios Pánfilo Natera y hermanos Arrieta enemigos de Villa los últimos, proceder a la ocupación de Zacatecas, plaza que ya habían tomado y desocupado el año anterior; una vez que alcanzaron este objetivo según los planes de Carranza se formaría una división del centro que continuaría el avance hasta el centro de la república sin participación de Villa.

Natera y los Arrieta contaban apenas con 6,000 hombres. Huerta sabedor de que Zacatecas era la puerta de entrada al centro del país había concentrado ahí a sus mejores hombres: 12,000 soldados con 11 grandes cañones y noventa ametralladoras; naturalmente los duranguenses fueron rechazados con fuertes pérdidas; huyeron a refigiarse hasta Fresnillo, 60 km. al norte y desde ese punto lanzaron un angustioso llamado de auxilio a Carranza.

Campanudamente Carranza telegrafió entonces a Villa ordenándole que enviase 3,000 hombres de su división en auxilio de los duranguenses. Villa se hizo del desentendido y Carranza repitió su orden añadiendo que mejor mandase 5,000 hombres; sarcásticamente Villa preguntó que si no quería también que él se pusiera bajo las órdenes de los Arrieta. Presentó a continuación su renuncia y Carranza se la aceptó para inmediatamente pedir a los demás generales villistas que propusiesen candidatos a comandantes de la División del Norte a fin de que él pudiera seleccionar al elegido. Los indignados generales villistas contestaron al primer jefe con un telegrama repleto de insultos, al que uno de ellos hizo añadir como posdata y bajo la firma una mentada de madre.

Villa marchó sobre Zacatecas no con 5,000 hombres, sino con la totalidad de sus fuerzas; Nateras se le incorporó y el 23 de junio 25,000 revolucionarios con 50 cañones iniciaron la batalla más sangrienta de aquella etapa de la que sólo pudieron escapar unos cientos de federales; los demás murieron o quedaron heridos o fueron capturados. La población civil fue víctima de una orgía de violaciones, asesinatos, saqueos y desmanes en escala descomunal. Villa había roto la espina dorsal al ejército huertista y anunció que proseguiría hacia el sur hasta Aguascalientes y luego hasta la Capital de la República, sólo que nuevamente Carranza lo contuvo. Para el avance, Villa tenía que esperar un cargamento de municiones que le había llegado a Tampico y sobre todo el carbón imprescindible para alimentar sus locomotoras. El carbón le llegaba habitualmente de las minas de Coahuila que controlaba González; así mismo González controlaba Tampico. Villa tuvo que quedarse en Zacatecas por falta de elementos. Mientras tanto Obregón había iniciado su avance hacia el sur por la costa del Pacífico. Después de la toma de Saltillo también Pablo González pudo marchar hacia la Capital de la República. Al principio la marcha de Obregón fue casi un paseo turístico a diferencia de la línea central por la que avanzaba Villa; la costa occidental estaba libre de Federales, sólo al llegar a Jalisco en la hacienda de Orendáin y luego en Guadalajara las desmoralizadas fuerzas federales le ofrecieron resistencia importante.

Obregón comandaba un ejército en el que destacaba por su bravura y temeridad los guerreros yaquis a quienes el caudillo se atrajo con la promesa de devolverles sus tierras en litigio. Los federales fueron destrozados y tras ocupar Guadalajara, los sonorenses avanzaron hasta Irapuato sin encontrar resistencia; Pablo González también marchaba de victoria en victoria; sin luchar había ocupado San Luis Potosí, Guanajuato y luego derrotó en una sangrienta batalla a los orozquistas que ocupaban León; en seguida avanzó hasta la desprotegida Querétaro, mientras Obregón terminaba de ocupar Irapuato.

Huerta sabiéndose perdido dejó la presidencia a un Francisco Carvajal el 10 de julio de 1914 y se trasladó a Coatzacoalcos para tomar un barco que lo conduciría al exilio en Europa. Obregón exigió al presidente interino la rendición incondicional de los restos del ejército huertista, el cual fue desbandado. El 15 de agosto Obregón entró a la capital al frente de unos yaquis, los cuales tocaban monótonas canciones tradicionales en sus tamborcillos; 5 días más tarde Carranza llegó desde Saltillo para hacer una entrada triunfal. Parecía como si Carranza no se preocupase por los problemas pendientes. Villa se había quedado en el norte bufando de rabia y jurando vengarse del infecto burócrata que se había burlado de él. Mucho más cerca en Xochimilco los zapatistas merodeaban en actitud hostil; poco después de romper con Huerta, Zapata había sido atacado por los federales y obligado a refugiarse en las montañas de Guerrero; para su fortuna los triunfos de Villa obligaron a Huerta a mandar rumbo al norte la mayor parte de sus hombres y con esto tuvo que dejar desprotegido a Morelos. Zapata recuperó sin dificultad sus antiguos territorios y seguidamente avanzó hasta el sur del D.F. con sus guerrilleros indígenas harapientos y enclenques; Zapata no fue tomado muy en cuenta por Carranza; únicamente le mandó decir que prometiera acatamiento al Plan de Guadalupe y Zapata contestó que por el contrario, Carranza se sometiese al Plan de Ayutla. El rompimiento vendría poco después; la lucha contra Huerta había producido tal vez 50,000 muertos, al menos hizo posible el derrocamiento del tirano más repugnante que ha aparecido en México.

La lucha de facciones revolucionarias estaba por iniciarse; causaría la muerte de 200,000 hombres en los campos de batalla y tal vez medio millón más que fallecieron de hambre o como resultado de las terribles epidemias que brotarían por efecto de la guerra.

11.- LA CONVENCION DE AGUASCALIENTES.

Al ver el abismo que se estaba abriendo en las filas revolucionarias varios generales villistas y gonzaliztas advirtieron la urgencia de reestablecer la paz entre el primer jefe y el comandante de la División del Norte; al efecto celebraron pláticas en Torreón y redactaron un documento que como bases para la reconciliación contenía las siguientes cláusulas:

1o. Villa reconocería a Carranza como primer jefe y conservaría la jefatura de la División del Norte al que los carrancistas se comprometerían a proporcionar el carbón y los pertrechos que necesitaban.
2o. Carranza asumiría la presidencia interinamente formaría su gabinete con igual número de carrancistas y villistas y reuniría una convención de representantes de las fuerzas constitucionalistas para fijar la fecha de las elecciones y formular un programa de gobierno.
3o. Carranza conservaría la facultad de nombrar y cesar a los funcionarios de los estados que controlaban los constitucionalistas.
4o. Carranza implantaría un régimen democrático encargado de favorecer a los trabajadores y atender el problema agrario mediante la distribución de tierras a los campesinos desposeídos.
Villa aceptó en su totalidad los términos del documento.

Los generales Gonzalistas se trasladaron a Saltillo donde se encontraba Carranza; aún no había sido ganada la Ciudad México y tras presentar los resultados de la junta de Torreón, le pidieron que Villa fuese ascendido a general divisionario como ya lo habían sido Obregón y González y que se entregara la División del Norte al rango de ejército, como ya se había hecho con las antiguas divisiones del noreste y del noroeste.

Para garantizar más firmemente la paz, los jefes constitucionalistas debían comprometerse a no participar como candidatos en las elecciones presidenciales. "Todo esto, señalaron los generales conciliadores, reflejaba nítidamente el espíritu del plan de Guadalupe pero el primer jefe se había erigido en intérprete único del plan y la vaguedad con que se redactó el documento permitía atribuirle el significado que le viniese en gana. Contestó a los generales conciliadores que aceptaba las disculpas ofrecidas por Villa pero que no podía atender las demás cuestiones, ya que éstas eran de tal trascendencia que sólo podían ser discutidas y resueltas en una conferencia de jefes a la que en breve se pretendía convocar.